



La recepción de Goethe en Colombia entre dos centenarios (1932-1949)¹

JUAN GUILLERMO GÓMEZ GARCÍA

Profesor de la Universidad de Antioquia

Trabajo fotográfico: Mateo Pérez Correa

“Ahora que Goethe está muerto, se apodera de mí un maravilloso dolor”.
Heinrich Heine

I

EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE GOETHE en 1932 constituyó una ocasión propicia para llamar la atención hacia el “Júpiter de Weimar” en una Colombia que se desperezaba lentamente de la larga siesta “regeneracionista”. Por supuesto que la década de los veinte había conocido en nuestro medio ciertas manifestaciones de vanguardia —León de Greiff y Luis Vidales— como en toda América Latina —el primer Borges anterior a *Fervor de Buenos Aires*, Vicente Huidobro con su *Altazor* o Aroldo de Campos—. Sin embargo, la actividad cultural y literaria no llegaba siquiera al discreto nivel crítico que había ejercido el tempranamente desaparecido Carlos Arturo Torres. Con excepción de los escritos de Baldomero Sanín Cano y Antonio Gómez Restrepo —y de algunos artículos que desde Medellín escribía el “semanasanto” de Tomás Carrasquilla, como él mismo se decía, o desde Barranquilla el “sabio catalán” Ramón Vinyes, como quedó retratado en *Cien años de soledad*—, la actividad crítica era menos que modesta. Casi desdeñable.

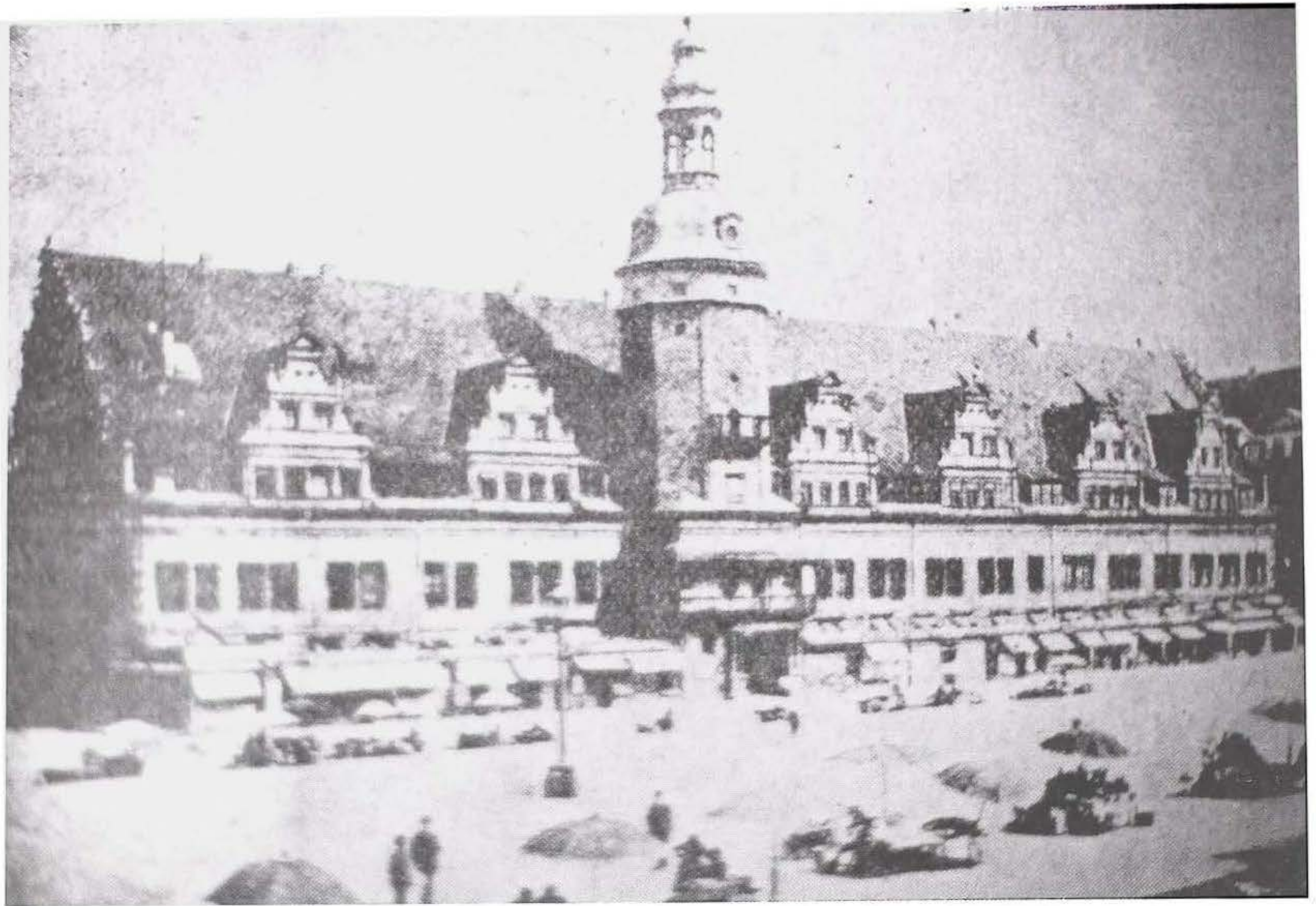
El centenario de Goethe coincidió con el gobierno de transición del liberal de centro Enrique Olaya Herrera, que empezaba, como lo hacía en esa misma época en España Niceto Alcalá Zamora (no es casual que los dos, miembros de familias prestigiosas de provincia, generaran una calma aparente para conservar un temporal equilibrio en las fuerzas políticas en tensión), a despejar el terreno político que pocos años después, iría a conducir a una radicalización en cadena. Poco a poco se mostraba la vía de la transacción menos transitable, pues las fuerzas sociales que empezaban a despertar en esa época, tímidas unas, más manifiestas las otras, se desbordarían a mediados de los años cuarenta en torrentes de incontenible violencia, suscitada por diversos movimientos de tendencia fascista, como fueron el lauranismo o los estridentes “Leopardos”, no menos que el gaitanismo.

El tema religioso llegó a ser candente en el despuntar de la “república liberal”, aunque realmente nadie se atrevió a declarar en Colombia, como lo hizo Manuel Azaña en la península, al decir: “España ha dejado de ser católica”, pero la simple legislación de empadronamiento estatal parecía tocar una de las médulas de la Iglesia, a saber, el control del registro de los nacimientos, casamientos y fallecimientos y de los emolumentos derivados de ello (la otra, era la propiedad territorial que se puso

Página anterior:

Estatua de Goethe (El Gráfico, Bogotá, núm. 885, 30 de junio de 1928).

¹ Este trabajo forma parte de una investigación sobre el tema de la presencia de la cultura alemana en Colombia que el autor realizó con el apoyo de Colciencias. Aquí se desarrollan sólo algunos aspectos concernientes a la recepción de Goethe entre 1932-1949. No se pretende, como lo logra el hispanista Udo Rukser en su notable libro *Goethe in der Hispanischen Welt* (1958), hacer un exhaustivo seguimiento bibliográfico ni una confrontación temática puntual de la recepción de sus obras más importantes. El acento se pone más bien en la relación entre la imagen de Goethe y las posturas ideológicas de escritores representativos de esos decenios dentro del específico panorama político colombiano; es decir, que forma parte de un estudio de una historia intelectual de la vida social y política colombiana.

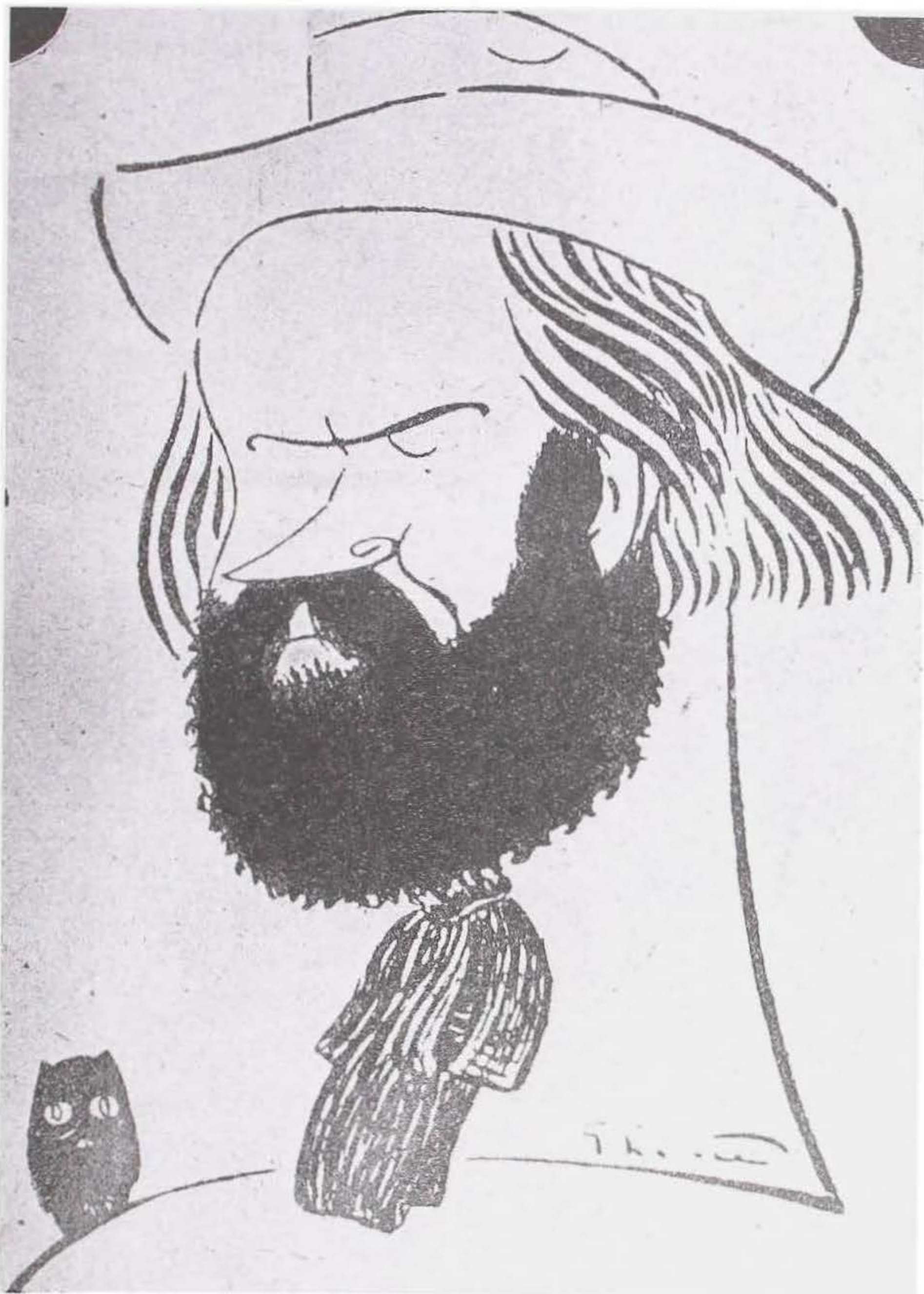


Plaza de la Universidad de Leipzig cuya apariencia se conserva como en la época de Goethe (El Gráfico, Bogotá, núm. 885, 30 de junio de 1928).

en discusión poco después, bajo López Pumarejo, con los intentos de reforma agraria), y con esto el control que sobre la conciencia de los fieles había ejercido la Iglesia. Esto produjo, sin duda, una reacción tan violenta por parte de la curia, que puso al Estado —o más bien, a los primeros gobiernos de la triunfante “república liberal” (1930-1938)— al borde de una declaración de guerra civil con la clerecía católica.

Por eso hablar de Goethe —de alguien para quien el nombre de Dios era inseparable del de la naturaleza y para quien la religión era entendida como “religión de mundo”— podía constituir una osadía. En realidad, Goethe podía aparecer como pagano, luterano, pietista, ocultista, panteísta, relativista y hasta casi librepensador, todo, menos católico-romano. Es bastante dicente que la tradicional Universidad del Rosario (lo único que de liberal e ilustrada le quedaba bajo monseñor Carrasquilla eran sus antecedentes: los nombres de Francisco José de Caldas y Camilo Torres, entre otros) se hiciera presente, por medio de una placa conmemorativa, rindiendo tributo de admiración al “divino poeta que reflejó en su vida y trasladó a sus obras la plenitud del universo” y que las páginas de su revista (que en los años anteriores se preocupaba casi exclusivamente de desentrañar meollos teológicos neotomistas del cardenal Désiré Felicien Mercier, de Lovaina, con sus amenas materias como la “quididad”, “el ser posible”, la “sustancias primera”, “las acepciones del ser” y “sus propiedades trascendentales”, etc.) se abriera a dar un espacio digno a ese festejo.

En el centenario de la muerte de Goethe se hicieron presentes los representantes más destacados de la vida intelectual de esa época: Guillermo Valencia, Baldomero Sanín Cano, Antonio Gómez Restrepo y su discípulo, Juan Manuel Arrubla. Sus contribu-



Caricatura de León de Greiff (El Gráfico, Bogotá, núm. 1031, 30 de mayo de 1931).

ciones fueron editadas al año siguiente, en 1933, por el Colegio Alemán en un librito de cien páginas bajo el sobrio título de *El primer centenario de la muerte de Goethe*. Su rector, Hans Ernst Hofmann, presenta el libro como testimonio de Bogotá, “la ciudad espiritual, artista y noble”, a “la obra del máximo poeta” de la lengua alemana. Inserta además, en el prólogo, las cartas cruzadas del 1 y 2 de diciembre de 1932 entre el conde de Podewils (cuya esposa había deambulado por el sur del país a la caza de datos etnológicos), como mediador diplomático del mariscal Von Hindenburg y el “Poeta de Colombia” “doctor” Guillermo Valencia, por medio de las cuales se le otorga a éste “una medalla con la efigie del poeta” alemán y, página seguida, su respuesta en la que el payanés habla “del pueblo de pensadores y de artistas que agota en cada siglo las posibilidades del saber” y agradece la altísima e inmerecida distinción de que es objeto por parte del gobierno que “preside uno de los hombres



Ministro de Alemania conde Von Podewils y su esposa a la llegada a Bogotá (El Gráfico, Bogotá, núm. 881, 2 de junio de 1928).

más ilustres de la edad contemporánea” —por supuesto, el que sólo unos meses después iría a cederle a Adolf Hitler el poder. La contribución de Valencia a este centenario, en monótonos alejandrinos, lleva por título *La tristeza de Goethe* y se distingue por arrebatos poéticos como los de la siguiente estrofa:



La condesa de Podewils con motivo de su nombramiento como correspondiente de la Academia Colombiana de Historia (El Gráfico, Bogotá, núm. 980, 24 de mayo de 1930).

*Arrebataste a Febo su veste policroma
Y sus veloces flechas le asiste en raudos vuelos.
Cruzaste por el mundo con alas de paloma,
O en ímpetus de águila, sobrepujando cielos,
Rapaste sus polluelos al porvenir que asoma².*

Muy distantes de estas inclinaciones del poeta enajenado en imágenes de avicultura (Ortega y Gasset también se complace en hablar del “destino radical de alondra” de Goethe) son, por fortuna, las tres restantes contribuciones. En efecto, los tres artículos, “Goethe” de Gómez Restrepo, “Ofrecimiento a Goethe” de Arrubla y “Algunos aspectos de la vida y la obra de Goethe” de Sanín Cano, revelan una decorosa familiaridad con la vida, la producción fundamental y los temas centrales del autor de *Fausto*. La admiración que en ellos despierta Goethe está acompañada de notas de reflexión, de información fiel y de expresión nada altisonante. Son trabajos de circunstancia destinados a ese homenaje; vale decir, son piezas que ofrecen una imagen ligera, aunque no superficial, animada, pero no patética, del “genio alemán” sólo comparable en la historia espiritual de la humanidad —según el tópico seguido en esas contribuciones— a Homero, Virgilio, Dante, Cervantes y Shakespeare.

De ellos, el trabajo de Sanín Cano es el más penetrante. Llevado de la mano de *Poesía y verdad* en la parte biográfica (no disociada de la significación de la creación literaria) de Goethe, Sanín Cano entra en la segunda a tematizar algunos aspectos centrales de la obra de Goethe —el pagano y el sensual Goethe— y su significación para la literatura y la cultura contemporánea. Con el *Werther*, que “es el origen de la novela moderna”, Goethe condensa en forma culminante las ideas sentimentales que desde Rousseau irían a caracterizar una parte del espíritu moderno. Con *Ifigenia* vuelve Goethe a un estado de equilibrio “que marca una transición” hacia el cultivo de las formas de severidad clásica de sus *Elegías romanas*, que son producto

² Citado en la poesía *La tristeza de Goethe*, publicada en ese volumen. Los llamativos versos se encuentran en la página 14.

Goethe



Bogotá - 1933

Publicaciones del Colegio Alemán.
No. 5

Publicación del Colegio Alemán en Bogotá, en conmemoración al primer centenario de la muerte de Goethe (Bogotá, Editorial Cromos, 1933).

de su viaje a Italia. Con el *Fausto*, en fin, "Goethe construye el poema de la inteligencia humana, de los deseos insatisfechos, de la inanidad del esfuerzo, de la vanidad de la ciencia y de la insuperable capacidad redentora del amor".

La imagen de Goethe, pues, que se ofrece en estos trabajos —la del hombre en sus obras y la de sus obras como manifestación íntima de su ser— responde en parte a la tesis sustentada por Rukser en su pormenorizado estudio *Goethe en el mundo de lengua española* (*Goethe in der Hispanischen Welt*, 1958), de una crisis que se buscó superar con la tesis rodoniana "de la formación y el perfeccionamiento de la personalidad"³, pero, por otra parte, mucho más decisivamente, corresponde a un proceso de lenta modernización cultural que, en el decenio anterior había sustentado el dominicano Pedro Henríquez Ureña como designio continental: nuestro

³ Citado por Rukser en la obra mencionada, pág. 180.

deber de americanos es la asimilación de la tradición intelectual de Occidente, y en esa tarea a cada generación le era necesario recrear con nuestros medios, con nuestra lengua, la experiencia intelectual que nos precedió. Ese principio de asimilación —muy alejado de las fórmulas de oportunismo agresivo del antiguo vanguardista y más tarde decidido fascista español Ernesto Jiménez Caballero: “Para mí Goethe es un bárbaro que no sabe, en sustancia nada, pues sólo los bárbaros estudian y desean procurar conocimientos”⁴— está contenido en estas contribuciones animadas por una serena admiración a Goethe y guiados por su ejemplo de permanente superación.

2

El estudio o serie de conferencias de Gerhard Masur titulado *Goethe. La ley de la vida*, publicado por la Biblioteca Revista de Indias en 1939, tenía otro carácter. No se trataba de un simple homenaje, de un artículo suelto o de una interpretación aislada. Era un intento de dar una imagen integral, aunque introductoria, de “iniciación”, como lo observa Sanín Cano en el prefacio, a la figura de Goethe. El libro tenía como trasfondo las ideas expresadas por su maestro Friedrich Meinecke, quien había dado un giro decisivo al concepto del historicismo partiendo del pensamiento histórico de la filosofía del Idealismo alemán⁵, en su importante obra *El historicismo y sus génesis* (1936). Pero más cercanamente la contribución de Masur —que es autor de una de las más notables biografías del Libertador hasta el presente escritas, *Simón Bolívar und die Befreiung Sudamerikas*, 1949 —parecía responder a las ligerezas del trabajo de Ortega y Gasset “pidiendo un Goethe desde adentro” (1932) y al homenaje de Friedrich Gundolf —miembro, por su parte, del círculo de Stefan George— a Goethe con ocasión del centenario de su muerte.

Meinecke⁶, sin duda, le proporciona a Masur el horizonte espiritual de su contribución. En efecto, el Goethe que surge de las páginas de la obra citada del teórico del historicismo alemán es el decisivo: el problema de la historia y la vida de Goethe superador de la Ilustración es el eje central del que se deriva la imagen del “*inmortal patricio*” de Francfort. Reaccionando contra las posturas abstractas del derecho natural, el historicismo se constituye, según Meinecke, en una corriente del pensamiento que busca en la individualización la auténtica expresión humana. La creciente profundización de ese movimiento que parte de Shaftesbury, Leibniz y Vico encontró en los autores clásicos alemanes, en particular en Goethe, un grado de perfeccionamiento y profundidad sublime. A éste le dedica el último y más extenso capítulo de su libro.

El pasado —no la historia como tal o tal como se practicaba en su momento —para el Goethe del Sturm und Drang, a la época que pertenece la famosa descripción de la catedral de Estrasburgo y el gusto por la arquitectura gótica, actúa en el presente a manera de visión simbólica. Es el momento en que se capta la imagen —para la cual las ruinas o los monumentos del pasado perviven como documentos—, en que el pasado habla al presente, es decir, tiene sentido real para el intérprete. Gradualmente esa imagen instantánea o intuitiva del pasado sufre un giro más razonado, por ejemplo, en su viaje a Italia y después de su experiencia como magistrado de la corte de Weimar, sin dejar de constituir el *rebus singularibus*, la fuerza decisiva de su sentido de la historia.

El Goethe de Meinecke —y es éste el origen del Goethe expuesto por Masur en sus conferencias— se distingue por el supremo esfuerzo de liberar el pensamiento histórico del intelectualismo de la Ilustración. Los cuatro elementos decisivos —a saber, la mirada cálida al pasado, el subjetivismo de raíz pietista (y, por tanto, protestante), la canonización del arte antiguo y el neoplatonismo de cuño leibniziano— compren-

⁴ *Ibid.*, pág. 183.

⁵ Annette Wittkau, *Historismus. Zur Geschichte des Begriffs und des Problems*. Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1992, págs. 190-196.

⁶ El conocido libro de Meinecke, *Die Entstehung des Historismus* (1936), fue publicado en español en 1943 por la importante editorial Fondo de Cultura Económica, en México.



"Goethe en su madurez", fotografía ilustrativa del libro *El primer centenario de la muerte de Goethe* (Bogotá, Editorial Cromos, 1933).

dían un complejo de ideas que llevan a Goethe a buscar un equilibrio entre el proceso general de la humanidad y el destino individual y el acentuar una armonía del pasado con el presente. Y si bien Goethe no formuló un credo en el "progreso", su idea de ascenso o, más precisamente, de "superación", configura su esperanza cósmica. Su "religión del mundo" contenía en sí una idea de Dios-naturaleza en medio de la cual el ser humano —ya no interpretado como el individuo aislado o abstracto de la Ilustración— desempeñaba un papel decisivo, siendo el hombre creativo y fecundo su objeto capital de reflexión.

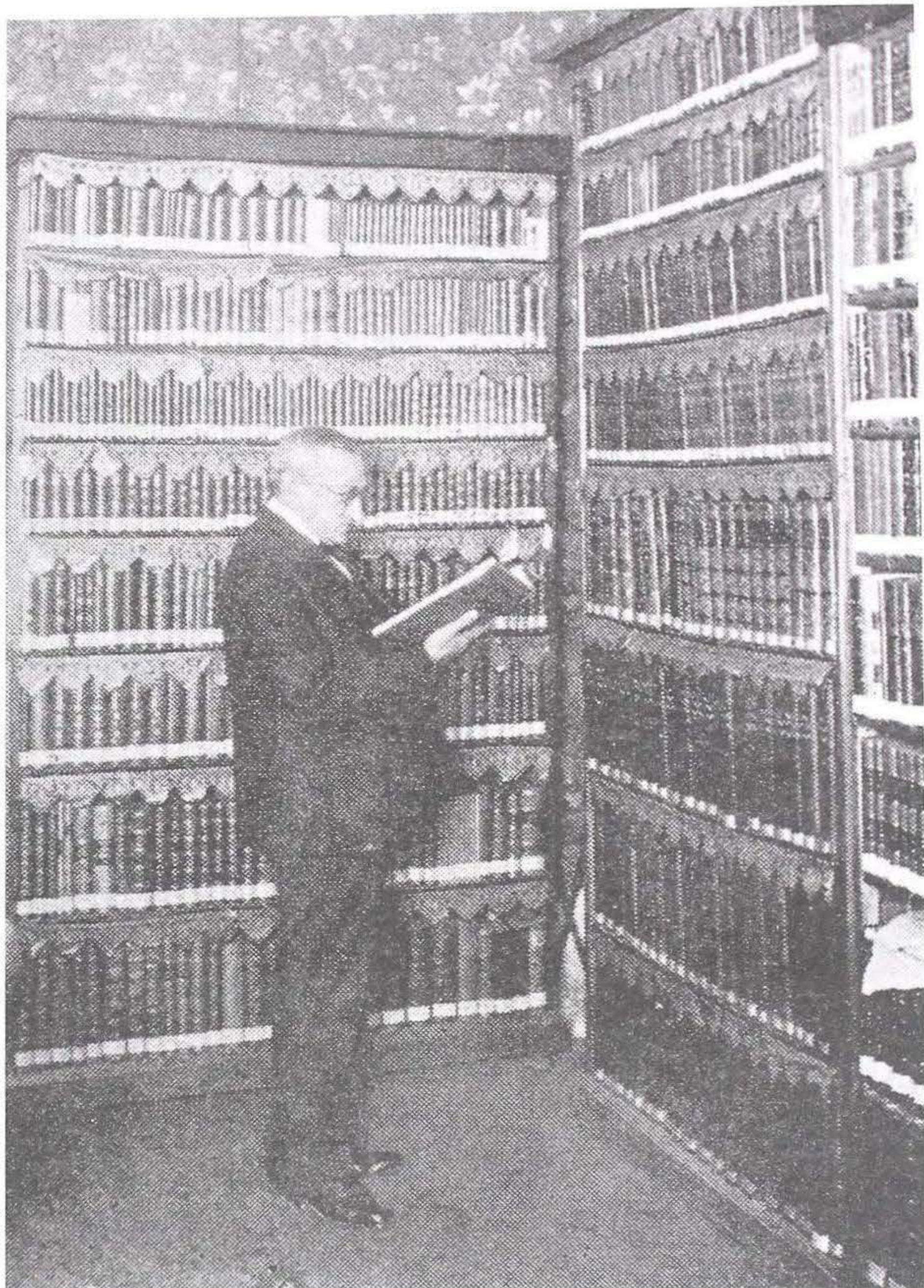
A su vez, Gundolf, con su exhaustiva exposición *Goethe* (1916)⁷ —que sigue siendo una obra que goza aún de cierto interés académico y que no conoció evidentemente traducción española, como sí las problemáticas obras de Emil Ludwig y de Stefan

⁷ Friedrich Gundolf, *Goethe*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1963.



El poeta colombiano Guillermo Valencia fue condecorado por el conde de Podewils. Su poema "La tristeza de Goethe" fue publicado en el libro *El primer centenario de la muerte de Goethe*, editado por el Colegio Alemán, Bogotá, Editorial Cromos, 1933.

Zweig— ofrece un rico material de provecho para Masur. Sin duda, ésta era una obra abundante en detalles y de confiable información. Pero sobre todo era una obra en la que se aunaba la admiración a Goethe con un punto de partida sugestivo para la



La conferencia "Goethe" estuvo a cargo de Antonio Gómez Restrepo (*El primer centenario de la muerte de Goethe*, publicado por el Colegio Alemán, Bogotá, Editorial Cromos, 1933).

época: las obras de Goethe son el verdadero espejo de su vida, el contenido mismo de su vocación y destino (Ortega, por desconocimiento o ignorancia, pasa por encima esta contribución de Gundolf que daba suficiente materia de reflexión al semiproblema central orteguiano de la vocación). Gundolf, que ensaya una tipología de los géneros literarios que a grandes rasgos puede hacerse coincidir con la formulada después en la famosa *Teoría de la novela* (1920) de György Lukács, contribuye a cimentar en todo caso la figura de Goethe como el más grande modelo eterno del mundo moderno.

Por último, la "menos que mediocre" (Gutiérrez Girardot) contribución de Ortega y Gasset, su famoso artículo "Pidiendo un Goethe desde dentro", escrito para *Die neue Rundschau*⁸, constituyó un estímulo adicional a las conferencias que impartió Masur

⁸ La contribución sobre Goethe fue incluida en su libro de ensayos titulado *Goethe desde dentro* (1932) por Ortega y Gasset. Aquí se consulta de sus *Obras Completas*, t. IV, 6ª edición, Madrid, Revista de Occidente, 1966, págs. 395-427.



Juan Manuel Arrubla, quien el 7 de mayo de 1932 leyó el discurso "Ofrecimiento a Goethe" en la inauguración del nuevo edificio del Colegio Alemán (*El primer centenario de la muerte de Goethe*, publicado por el Colegio Alemán, Bogotá, Editorial Cromos, 1933).

en Bogotá, Medellín y Popayán. Era una corrección de la imagen apurada y sobre todo superficialmente iconoclasta que ofrece el filósofo del vitalismo. Sin duda, esta contribución era lo que más se conocía y discutía en Colombia sobre Goethe. Y era un infortunio esa imagen, no porque en ella se atentara contra el "monumentalismo" de Goethe al estilo de un Gundolf, sino (pero esto no se atrevió a decirlo Masur) porque en ese artículo se aprende mucho de Ortega pero poquísimos de Goethe. Lo más notable en la "Carta a un alemán" de Ortega es, en cualquier caso, la "rauda nota" en la que él se limita, "de una vez para siempre", a dejar en claro que "el admirable libro de Heidegger *Ser y Tiempo*" lo había más o menos escrito Ortega mismo ya con trece años de anticipación en 1914. Lo que ha pasado es que sus desprevenidos lectores —"de buena fe"— "... distraídos por sus imágenes, han resbalado sobre mis pensamientos", se consuela Ortega en una oportunísima aclaración que los lectores alemanes no habrán dejado de advertir acaso con sorpresa (mas no sin ironía).

Masur deja sentir en su libro sobre Goethe sus influencias decisivas y sus inmediatas incitaciones. El epígrafe tomado del diario de Goethe en 1808 no se puede pasar por

alto: "Mi vida, una aventura única. No aventura por el esfuerzo hecho para perfeccionar los elementos depositados por la Naturaleza en mi alma, sino por el realizado para adquirir los que no había puesto. Equilibrio de buenas y de malas tendencias. Por lo tanto, constante tortura sin verdadero goce". La vida, la aventura de esa trayectoria, va a ser el objeto de atención principal del destacado profesor judío-alemán que, contratado en 1936 por el gobierno de López Pumarejo y después en exilio, escampó sólo durante breves años en Colombia por razones obvias.

El repaso de la vida de Goethe desde su infancia en Francfort, sus años de estudio en Leipzig y Estrasburgo, su publicación del *Werther* de vuelta a Francfort, su compromiso en Weimar con el duque Carlos Augusto durante largos años, su viaje a Italia y su regreso a Weimar y el proceso creativo de sus años de madurez y larga vejez ocupan las páginas del libro de Masur. Su intención, siempre impulsada por la admiración que le despertaba Goethe en la que resonaba la idea de Gundolf de la unidad esencial entre hombre, obra y destino, era expositiva, adecuada al medio en que se hallaba —en un país de humanistas "de salón y de feria"—, como lo formula Sanín Cano en su presentación.

Esto hace al libro, por un lado, portador de una función pedagógica y divulgativa, pero, por otro lado, demasiado conforme con el nivel medio en el que actuaba. El ciclo de conferencias es así una contribución discreta, pero no un reto de superación al estado primario de la comprensión de Goethe como es *Trayectoria de Goethe* de Alfonso Reyes; constituye la de Masur apenas una exposición pulcra, lindando con lo didáctico, pasando ligeramente por los problemas centrales que suscita la obra de Goethe y renunciando de antemano a penetrarlos con mayor fuerza. En otros términos, el libro de Masur es una aproximación biográfica que, sin llegar a ser un estudio filológico, se sitúa en la antesala de una verdadera crítica de contenido de la obra goetheana.

Resultan, en efecto, bastante precarios los análisis de las obras fundamentales de Goethe; por ejemplo, del *Werther*, soslayando el tema del conflicto social que se denuncia en esta obra de juventud. Sin duda, el problema subyacente a esta novela epistolar —que conmovió al mismo tiempo que escandalizó a su época— está vinculado a la rebeldía o rechazo que despertó en el joven el orden estamental del cual fue víctima indirecta y la dimensión insospechada que se abría con su suicidio. La incompostura de Goethe, —es decir, el valor potencial de rebeldía y desadaptación que este drama amoroso denuncia—, apenas tiene una mención muy secundaria en Masur⁹. Asimismo, el conjunto de problemas que suscitan *Las afinidades electivas* (obra de la que Masur dice que "es la más delicada y al propio tiempo atrevida descripción que del adulterio conozcamos"¹⁰, pudiendo concederse que es la más delicada, pero que es la más atrevida es tanto como pensar que *Madame Bovary* o *Ana Karenina* o *El primo Basilio* nunca se hubieran escrito) son dejados de lado casi por completo. No basta decir que es "un nuevo tipo de novela, la novela íntimamente psicológica en la que aparentemente nada sucede"¹¹, pues es de recordar que ya Walter Benjamin había publicado años atrás, en 1925, su importante estudio sobre esta novela.

No sería de extrañar que una más pormenorizada exposición de esta novela hubiera generado una viva inquietud no sólo por el tema —el divorcio, que es el que parece ocupar allí el lugar narrativo privilegiado—, sino la más íntima sensación a que está abocado este complejo drama sentimental; vale decir, a la sensación de la disolución de todo un mundo histórico. Un juicio, por su parte, anhela el lector de la novela de formación *Wilhelm Meister*, aun cuando sea para recordarles a los colombianos que ese tipo de novela, propia de la burguesía clásica, era imposible cultivarlo en un medio sometido a una estagnación estamentaria pavorosa (como queda demostrado en *Garabato*, la olvidada pero significativa novela de Osorio Lizarazo). Masur, por el contrario, reserva más atención al seguimiento de la lírica de Goethe, acompañando a su exposición algunos de sus poemas vertidos al español por Guillermo Valen-

⁹ El crítico Leo Löwenthal —sin duda una de las personalidades intelectuales más destacadas de la escuela de Francfort y quien apenas ha sido tomado en cuenta en el mundo hispánico—, en su obra *Studien zur Europäischen Literatur von der Renaissance bis Zur Moderne*, ofrece esos parámetros interpretativos para la comprensión del *Werther*. De su lado, *Los años de aprendizaje del Wilhelm Meister* se mueven, para este crítico, entre la rebelión y la adaptación, mientras el Goethe de sus últimos años entrega un *Wilhelm Meister* ganado por completo por la realidad social. Cfr. *Das bürgerliche Bewußtsein in der Literatur*. Francfort, Suhrkamp, 1990, págs. 161-192.

¹⁰ Gerhard Masur, *Goethe. La ley de su vida*, Bogotá, Editorial ABC, 1939, pág. 185.

¹¹ *Ibid.*, pág. 187.



Baldomero Sanín Cano dictó la conferencia "Algunos puntos de la vida de Goethe" el 22 de marzo de 1932 (*El primer centenario de la muerte de Goethe*, publicado por el Colegio Alemán, Bogotá, Editorial Cromos, 1933).

cia en "acabada perfección" y otras traducciones de Otto de Greiff "sobremanera valiosas" a juicio del generoso académico extranjero.

SILVIO VILLEGAS

LA IMITACION
DE GOETHE

EDICIONES
LIBRERIA
SIGLO XX

EDITORIAL CENTRO S. A. - BOGOTA 1940

Cubierta del libro publicado por Silvio Villegas parodiando *La imitación de Cristo* (*La imitación de Goethe*, Editorial Centro S. A., Bogotá, 1940).

La exposición biográfica en Masur, si bien parte de un procedimiento estilístico muy de moda en la época, guarda cierta discreción que lo salva de pretensiones manipuladoras. La forma narrativa tiene que ver aquí más con el recurso —de unidad de acción— propio de la biografía y destinado a despertar un interés más inmediato en un público no especializado. En este sentido, las conferencias de



Silvio Villegas (El Gráfico, Bogotá, núm. 94, 5 de octubre de 1929).

Masur tuvieron que haber llamado en seguida una especial atención que, sin embargo, no fue correspondida con las debidas consecuencias. Lo cierto es que hasta hoy en Colombia no se cuenta con un acercamiento más completo a la figura de Goethe, y los estudios de literatura en lengua alemana —y esto demuestra una vez más el estancamiento del proceso de modernización en Colombia— no han obtenido el estatuto académico-universitario que esta literatura y, en general, las literaturas modernas requieren.

3

Sólo dos años después del ciclo de conferencias de Masur, da a luz pública el cabecilla del movimiento fascista “Los Leopardos”, Silvio Villegas, su librito *Imitación de Goethe* (1941). Escrito en la capital del departamento de Caldas, Manizales, desde donde se concentraba una furiosa resistencia contra las políticas liberales de López Pumarejo, en particular contra la intención de estatizar la Federación de Cafeteros a través de Alejandro López I. C. (que daba lugar a tildarlo de “indio civilizado”), el Goethe de Villegas parecía ser publicado como un remanso de alta cultura en medio de la burda agitación partidista. En realidad, sólo fue parte de ella. El título que podría hacer recordar la obra de Kempis tan leída en el Renacimiento y en el seno del jansenismo, *Imitación de Cristo*, aparecía aquí como una especie de versión secular de “una vida ejemplar”: “la de Goethe, espejo del universo”¹². El Goethe que está destinado a presentar Villegas no podía ser sino el que se consagraba en la vida pública y en la vida privada del país —y en gran parte de Europa— en esos decenios: el “Júpiter de Weimar” y la protoimagen apabullante que de él se derivaba.

¹² Silvio Villegas, *Obras literarias*, Medellín, Editorial Bedout, 1963, pág. 122.



Alfonso López Pumarejo, presidente de Colombia, cuyas políticas fueron criticadas duramente por "Los Leopardos" (El Gráfico, Bogotá, núm. 1002, 25 de octubre de 1930).

Era el Goethe de Villegas el hombre inexorable que, sobrepasando todos los límites humanos, entrega a la humanidad una versión grandiosa de Dios, la evolución de la naturaleza, el sentido del destino histórico y la misión del arte. Insuperable, insondable, inagotables son los adjetivos vinculados a este héroe del intelecto. "Su pasmosa fecundidad", "el vasto océano de su obra", "el nivel inalcanzable de su espíritu", "el Júpiter germano", "un espectáculo de la creación, desmesurado como los montes de Asia o el vasto océano de Neptuno" son apenas algunos de los calificativos grandilocuentes que deja escapar Silvio Villegas en sólo las tres primeras páginas de su obra (y no son los peores).

No es difícil mostrar el origen intelectual de esa heroización: se trata de una simple aclimatación en Colombia de la "moda biográfica", de la "sociología para las masas", como la caracteriza Leo Löwenthal, en su intento de explicar un género popu-

lar de lectura en Europa en el liberalismo tardío¹³. Vale decir, se trata de una adecuación, en Villegas, de las incitaciones que durante los años treinta y cuarenta procedieron de autores como Emil Ludwig, Stefan Zweig, André Maurois y el padre intelectual de esa postura ideológica, el inglés Thomas Carlyle (autores citados por el mismo Villegas), y, por supuesto de la significación política en ella cultivada¹⁴. La época de la heroización fue la época de la profunda crisis de la idea clásica del Estado liberal y, del presupuesto de “la mayoría de edad” de los ciudadanos como sujetos libres de derecho.

El culto al héroe o al genio —insondable héroe del intelecto— tenía como contrapartida el desprecio al hombre común que se empieza a ver bajo el prisma de masa insurrecta. El culto al héroe era una invitación, pues, al autoritarismo o su justificación misma. “Fue la lectura de Goethe —anota Silvio Villegas— la que le dio a nuestro grupo la idea suprema de la república financiera, que no es una tesis materialista, sino un concepto objetivo de la cultura”. Era el Goethe autoritario, el Goethe jerárquico y tiránico, al que —sin aportar ningún contexto que explique el alcance complejo de la frase— se le hace decir: “Prefiero la injusticia al desorden”. Frase mil veces repetida cuyo alcance, en manos del Villegas fascista, se podía traducir fácilmente en sucesivas violaciones de las libertades ciudadanas: “La libertad de prensa es compañera de la mediocridad”, escribe para notar que Goethe desconfiaba de ese engendro de la vida moderna. El autor de *Imitación de Goethe*, no hay que olvidarlo, es el mismo autor de *No hay enemigos a la derecha*, manual de resistencia antiliberal que está en el origen mismo ideológico de “la Violencia” (1948-1965) en Colombia, y cuya tesis básica era el diseminar la violencia en el campo como antídoto de la violencia sindical que el lopismo ejercía en las ciudades.

Por otra parte, las fuentes del libro de Villegas sobre Goethe —no podía ser de otra forma— son espurias. Utiliza un *Fausto* traducido en el lenguaje de *La Celestina* y no es difícil percibir que su versión de *Poesía y verdad* tiene un innegable sabor a la picaresca. No contento con ello, se entrega a todo tipo de medias verdades y falsos datos. Escribe, por ejemplo, de Goethe: “A los diez años conocía varias lenguas muertas que su padre le había enseñado de una manera viviente, por el diálogo, por el uso, y no por medio de la gramática”. Ciertamente que el padre de Goethe fue un tutor consagrado —inducido por el impulso de pedantería propio del arribista social—, pero su actividad docente tenía límites. Si hablaba con fluidez el italiano e indujo a su hijo en el aprendizaje de lenguas muertas, esto no implicaba que hablara griego como un ateniense de la edad clásica o que se valiera del latín como un romano de la época de César. Más bien implicaba que, como lo anota Serrano de la Calle, llegara Goethe a “utilizar” esas lenguas para su uso particular —trato “doméstico”— y no como maestro de ellas¹⁵. El latín y el griego formaban parte del pènsu del colegio, y en cuanto al hebreo, como lo relata el mismo Goethe en el libro cuarto de esa obra autobiográfica (y que es estudiado con detención por Herbert Schöffler en su ensayo “Goethe y la Biblia comentada inglesa”), se lo enseñó en clases privadas, aun cuando con deficiencias, el rector del Gimnasio Doctor Albrecht.

En cuanto a las lenguas modernas, es necesario aclarar que Goethe aprendió el francés en las presentaciones de un teatro francés (escenas narradas con verdadera animación en el libro tercero de *Poesía y verdad*) y el inglés lo trataría de perfeccionar más tarde con las conversaciones con el novio de su hermana, aunque no lograra nunca dominarlos a la perfección. El mito del dominio precoz y casi milagroso de varias lenguas en Goethe, fomentado por Villegas, se pone en cuestión con sólo recordar los aprietos que les hizo pasar Madame de Staël a Goethe mismo y Schiller en su impetuosa visita a Weimar en 1803, como le escribe en carta enviada a su padre: “[...] los grandes hombres de Weimar (Goethe y Schiller) tienen un miedo espantoso de hablar conmigo francés, y no se sabe si podrán quitarse el miedo”¹⁶.

¹³ En *Literatur und Massenkultur* de Leo Löwenthal, Frankfurt, Suhrkamp, 1990, págs. 231-257, se incluye su artículo “Die biographische Mode”.

¹⁴ En su libro *Estudio de la mentalidad burguesa* (Madrid, Alianza Editorial, 1987, pág. 152), el historiador argentino José Luis Romero vincula la crisis de la burguesía europea después de la primera guerra mundial con el surgimiento de la biografía de un Maurois o Ludwig: “Su sentido es exaltar al hombre individual, grande o pequeño. El pequeño en toda su vulgaridad y el grande en la pequeñez de su vida privada”.

¹⁵ Pedro Urbano González de la Calle, “Humanismo goetheano”, en *Revista de las Indias*, Bogotá, julio-septiembre de 1949, núm. 10, págs. 137-159.

¹⁶ Citada en el epílogo escrito para la obra de Madame de Staël *Über Deutschland* (Frankfurt, Editorial Insel, 1985, pág. 828) por Monika Bosse.

Anécdota que coincide con la actitud que el mismo Goethe adopta en sus años de Estrasburgo, de dedicarse sólo a departir con los camaradas alemanes, ante su innegable acento y giros antinaturales de su francés libresco. El mito del Goethe que a los diez años dominaba varias lenguas —para el caso, muertas o vivas— forma parte, en realidad, del inventario de complejos de inferioridad del hispanoamericano frente a los europeos y de la sugerencia de no asumir el reto personal, pero sobre todo institucional, de superar esa deficiencia desastrosa en los sistemas educativos del país.

En fin, cuando Silvio Villegas declara que a Goethe “le faltó tan sólo la actividad guerrera, expresa el deseo íntimo de ver en él un Führer —el Führer. Vio en él una anticipación demasiado espiritualizada de la idea faústica que Spengler popularizaba en su famosa obra —publicada en español por Ortega y Gasset en su editorial Revista de Occidente— *La decadencia de Occidente*. Por eso se esfuerza Villegas en derivar a Goethe de la misma raíz espiritual de Napoleón: “el destino es la política”. A esta nueva tergiversación, el caldense sólo podía agregar una nota folclórica; es decir, frases casi dignas de aparecer mejor en boleros: “En el fondo no amamos sino a una sola mujer, en todas buscamos lo que nos pertenece, la adorada imagen que interpreta nuestros sueños”. Otras decididamente de mal gusto patriarcal: “El amor infecundo en el orden físico engendra la prole egregia de la lírica”. O, en fin, metáforas que denuncian alguna intimidad con la actividad esmeraldera: “Este collar de finísimas gemas había sido tejido con lágrimas”.

No pasa el trabajo de Silvio Villegas de ser, para decirlo con palabras de Ortega y Gasset, un ejercicio de “estéril beatería goetheana”.

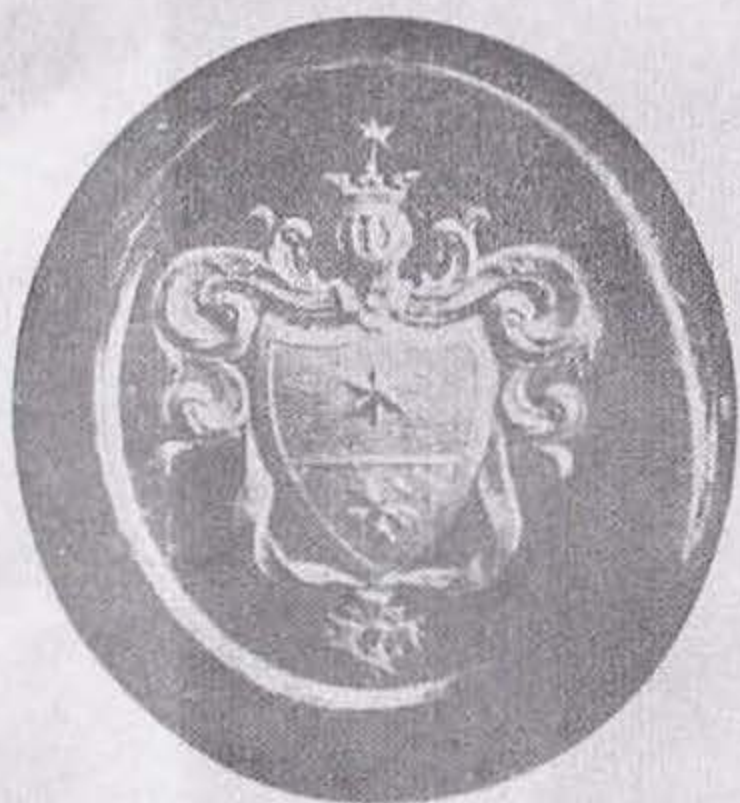
4

En 1946 el profesor de filosofía Julio Enrique Blanco escribe para la Revista del Rosario —cuyo secretario de redacción era, bajo la rectoría de monseñor Castro Silva, el joven estudiante de derecho Rafael Gutiérrez Girardot, que daba espacio en esos años a trabajos filosóficos de un Francisco Romero— un extenso artículo, publicado en dos entregas, titulado “La nostalgia de la filosofía en Goethe”¹⁷. Se anuncia el artículo con un epígrafe de Th. Friedrich: “Goethe ist nicht nur in erster Linie Lyriker, er ist durch und durch”, que no se digna traducir, pero que significa más o menos: “Goethe no es en principio un lírico; es siempre y de todos modos un lírico”, y que por supuesto previene toda su argumentación.

La intención central del trabajo de Blanco, después de pasar revista a los genios-poetas Virgilio, Dante, Milton, es demostrar —o repetir insistentemente, al menos— que Goethe apenas pudo acceder a los prolegómenos de la filosofía y que ello es en realidad el origen de su melancolía. La primera parte de la tesis se basa en su convicción, no de la insuficiencia mental de Goethe, sino de la incapacidad de disciplina en el arduo y tortuoso camino de los conceptos puros, de “la filosofía, suprema metafísica”. La filosofía, —es decir, la metafísica— estuvo vedada a Goethe: su temperamento demasiado ligero, sensual, *amateur*, le impidió comprender los conceptos básicos del pensamiento filosófico. Más o menos todo en él se disolvía en intuiciones o se escurría en imágenes: pero le fue extraña una cadena de conceptos, una sólida arquitectura argumentativa. Fue Goethe, en palabras textuales de Blanco, “incapaz de la ascética intelectualidad que es como *conditio sine qua non* para el ascenso y acceso a la verdadera filosofía”, y que antes de ser una aclaración es una propuesta conventual que, por fortuna, tiene sus contradictores. Y se encarga muy didácticamente (¿o es esto acaso exceso de honestidad y transparencia intelectual?) de darnos su definición: la “filosofía verdadera” “[...] es ciencia exacta de los principios del ser objetivo y del conocer apodíctico”.

¹⁷ Julio Enrique Blanco, “La nostalgia de la filosofía en Goethe” y “Goethe y la filosofía”, en *Revista del Rosario*, vol. XLI, Bogotá, 1946, págs. 232-248 y 413-442.

REVISTA DE LAS INDIAS



BLANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTICA

Julio - Septiembre 1949 - Número 110

REVISTA DE LAS INDIAS

Ministro de Educación Nacional:
ELISEO ARANGO
Secretario General:
ABEL NABANJO VILLEGAS
Director de Extensión Cultural y Bellas Artes:
LEON DE GREIFF
Director de la Revista:
JOSE MARIA VIVAS BALCAZAR
Administrador del Fondo Rotario de Publicaciones:
JORGE LUIS ARANGO

SUMARIO

	Página
Pedro Urbano González de la Calle: Humanismo "Goethiano"	137
Victor Frankl: Goethe y Hispanoamérica	161
Aristóteles Pardo F.: El hombre y la naturaleza	227
Ernesto Falkenberg: Goethe demonólogo	239
Luis de Zubela: Las ideas políticas de Goethe	251
Julio César Arragane: Dianoia y Gestalt en el espíritu de Wolfgang Goethe	261
Fausto Salazar Santolucena: La tumba de la historia	267
Fernando Antonio Martínez: Goethe y el sentimiento de la forma románica	277

LETRAS. CIENCIAS. PLASTICAS.
BIBLIOGRAFIA.

SUPLEMENTO:

Poesías de Goethe. Traducciones de Otto
de Greiff

Cubierta de la Revista de las Indias, cuyo número 110 fue dedicado a conmemorar el bicentenario del nacimiento de Goethe (Bogotá, julio-septiembre de 1949).

Para Blanco la incapacidad irremediable de Goethe para la filosofía queda plenamente probada en el balbuceo, más que resumen, que intenta hacer éste de la *Crítica de la razón pura* de Kant. Su dominio de la filosofía y sus grandes cuestiones no sobrepasaba la "mera sabiduría popular acerca de los problemas religiosos, sociales, políticos y morales de la humanidad". Esa imposibilidad es, consecuentemente, causa presunta (en esto Blanco nos da una muestra de su estimación por los matices de los significados de las palabras) de su ser caviloso, como amargado o recónditamente envidioso por no poder comprender al filósofo de Königsberg (o acaso de lo que el mismo Blanco sabía de él, conforme a la versión que había dado a la revista barranquillera *Voces*). Es decir, no es difícil pensar, ante esa candorosa argumentación, que Blanco realizó en su artículo "Sobre el origen y el desarrollo de las ideas teológicas en Kant"¹⁸ lo que Goethe dejó trunco o por falta de disciplina o porque simplemente careció del talento de que disponía nuestro filósofo de la Costa. La incapacidad de entender a Kant es, pues, la causa de su "pena o dolor, tristeza o melancolía que tenía que ser ya la nostalgia que, siempre sin confesarla, le acompañaría toda su vida", pero similar argumentación se la podría hacer un teólogo al Goethe que se atrevió a hacer un resumen del Pentateuco, sin duda carente de las sutilezas y pedanterías ontológicas, pero lleno de viveza, amor por la materia narrativa, detrás de la cual, antes de una moraleja, quiere desentrañar una tipología humana, más cerca de la antropología que de la historia sagrada.

La idea de Blanco, piensa uno, es una lástima que no la hubiera conocido el "maestro" Valencia: hubiera cabido muy bien en uno de los versos de su portentoso poema. El

¹⁸ Este artículo pionero sobre los estudios de Kant en nuestro país fue publicado originalmente en 1918 y reproducido en *Voces*, 1917-1920. Selección de textos, Bogotá, Colcultura, 1977, págs. 367-386.

Revista de las Indias



GOETHE

1749 - 1832

Portada del suplemento de la Revista de las Indias núm. 110 (Bogotá, julio-septiembre de 1949).

juicioso exegeta de Kant pero, es forzoso decirlo, el poco inteligente crítico de Goethe, opera, como los de su especie, por estrechas definiciones, por exclusiones tajantes: se queja Blanco de que en *Wahrheit und Dichtung* (sic) —vale decir, *Poesía y verdad*—, Goethe se haya diluido “en el maremagnum de la autobiografía” y no sea esa obra “verdadera filosofía”. Pero eso es tanto como quejarse de que la *Crítica de la razón pura* se disuelve en “el maremagnum de la filosofía” y no sea autobiografía.

Lo que no percibe Blanco es que, precisamente, el carácter autobiográfico de *Poesía y verdad* es parte de una conciencia crítica en la que el poeta hace una reflexión de los componentes constitutivos de su origen social, formación intelectual y su destino

Poesías

de

GOETHE

Traducciones de Otto de Greiff



Suplemento al Número 110
de la Revista de las Indias

MINISTERIO DE LA REPUBLICA

La Revista de las Indias publicó las poesías de Goethe traducidas por Otto de Greiff (Suplemento, núm. 110, julio-septiembre de 1949).

y responsabilidad político-moral. Su forma expresiva —distante, pero de todas maneras heredera de las sensibles *Confesiones* de Rousseau— es una narración, especie de coloquio en el que entremezcla los sucesos con la explicación de sus efectos en el “yo” de poeta, a la que cabe llamar “filosófica”, aunque no sea el lenguaje de Kant el que se denuncie en sus giros más comunicativos.

5

A lo largo de sus años de existencia, la Revista de las Indias (1936-1950), auspiciada por el Ministerio de Educación bajo los gobiernos liberales, y que sin duda constitu-

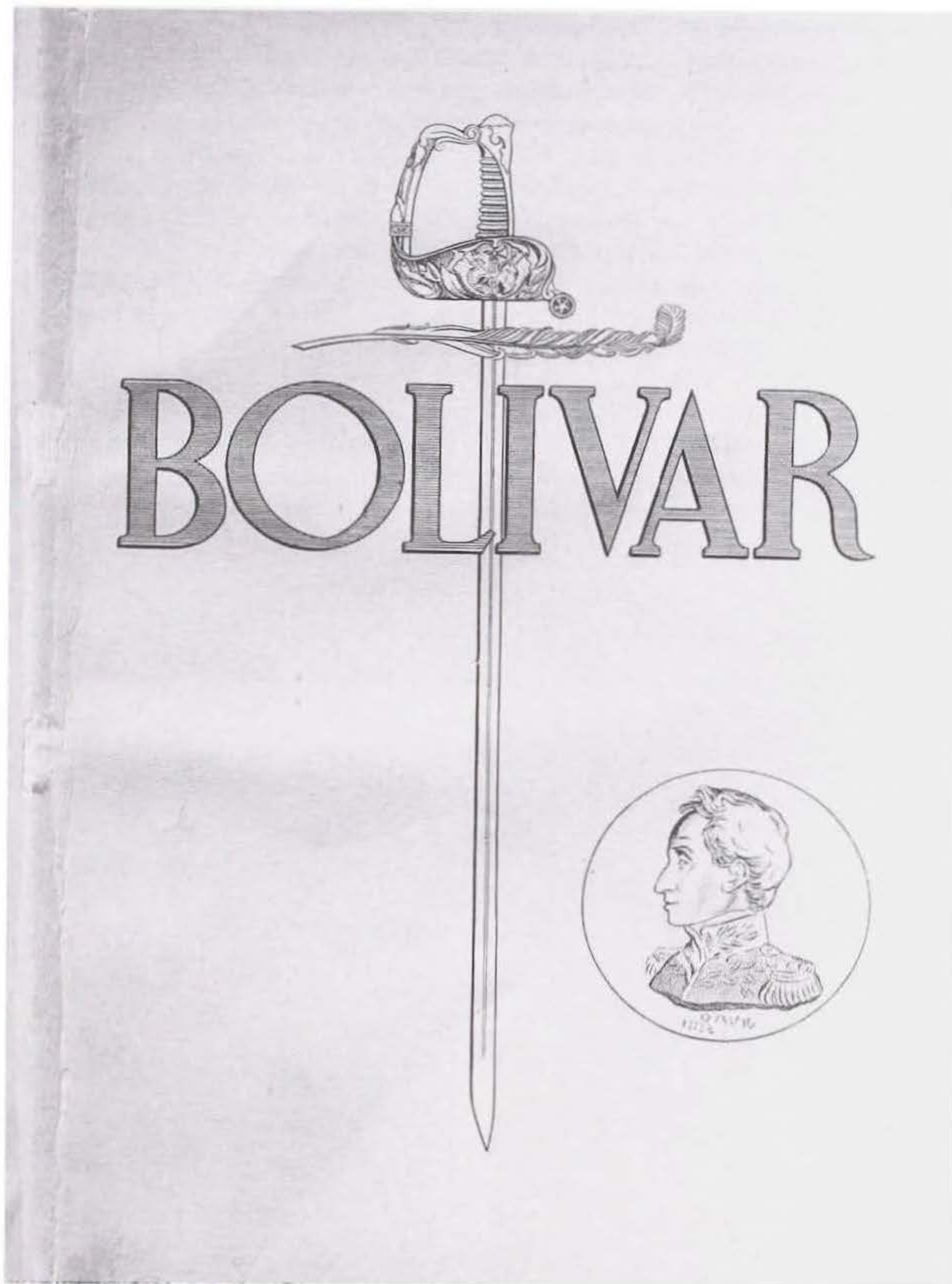
ye una de las instituciones más características de la actividad intelectual de esos decenios, prestó atención regularmente al proceso histórico espiritual europeo y en particular a las diversas manifestaciones culturales de Hispanoamérica. Una breve ojeada a sus índices arroja la presencia nada desdeñable de colaboradores de la importancia de Alfonso Reyes, Ramón Gómez de la Serna, Gilberto Owen, Lewis Hanke, Silvio Zavala y de escritores nacionales como Osorio Lizarazo, Antonio García, Aurelio Arturo, Nieto Arteta, Sanín Cano, César Uribe Piedrahíta, Jorge y Eduardo Zalamea, entre los más destacados. El giro de su orientación intelectual que necesariamente —y que al poco tiempo determinaría su cierre definitivo— se percibe con facilidad a partir de 1946, al iniciarse la desdibujada “república conservadora” (una característica contradicción en sí misma) y que concluirá con la creación de la revista —con el abusivo nombre— Bolívar.

En el marco de la decisiva y furiosa reacción ideológica que experimentaba el país, animada principalmente por el laureanismo, resulta bastante explicable que el segundo centenario del nacimiento de Goethe haya conocido en Colombia una contribución como la del austriaco Victor Frankl, antes residente en Paraguay, titulada “Goethe e Hispanoamérica”¹⁹. Se trata, en este poco aleccionador caso (aunque no el único, si contamos con el rencoroso artículo “El eterno humano” del jesuita Carlos Forero Ruiz, publicado por supuesto, en la militante Revista Javeriana en ese año), de tres conferencias dictadas en la Biblioteca Nacional y publicadas en las páginas de la Revista de las Indias en 1949.

La primera de estas conferencias, “La posición de Goethe en la evolución espiritual del Occidente”, intenta ofrecer un cuadro de la evolución filosófica que llevó a Goethe a formular sus teorías sobre la constitución del mundo. Partiendo de la tesis de Ortega según la cual Goethe no pudo comprender a Jena —vale decir, a Hegel ni a la filosofía que se generaba sólo a veinte kilómetros de Weimar—, Frankl deduce de ello una circunstancia feliz para nuestro destino hispanoamericano: Goethe se ubica en un mundo prekantiano que lo hace directo discípulo del “Neoaristotelismo de la renovada Escolástica española de la época barroca”, de Suárez y sus seguidores. El Goethe suarista de Frankl no sólo rebasa los equívocos de Villegas, sino que los multiplica sin pudor, pues el austriaco poseía una biblioteca mucho mejor dotada que le permitía abundar con mayor descaro en confusiones que no esperaban réplica. Repite con insistencia Frankl que Goethe no sólo padecía de influencia barroca, sino que su obra sustancial parte de ese mundo espiritual dominado por la mística y los jesuitas. Más aún: el *Fausto* está destilado, gracias al teatro vienés del siglo XVIII, de *El gran teatro del mundo* de Calderón.

Al fatigoso y pedantesco resumen escolar de la filosofía moderna desde Descartes a Kant que hace en su primera conferencia el ahora profesor del departamento de filosofía de la Universidad Nacional (no hay por qué buscar más causas que semejantes colegas para la explicable deserción muy parecidas al exilio de un profesor como Rafael Carrillo, que viaja al año siguiente a Alemania), agrega Frankl en su segunda conferencia, “La vivencia goetheana del tiempo y la idea hispanoamericana de cultura”, una teoría de la “profunda vivencia” de la temporalidad de los hispanoamericanos. Hay toda una literatura —sostiene el autor del monumento de disparates que lleva por título *La idea de Hispanoamérica*— que justifica esa apreciación: *La vorágine* de Rivera, *Toá* de Uribe Piedrahíta, *Canaima* de Gallegos, *Las águilas* (wie? was?) de Mallea, pues “la novela hispanoamericana obedece al ritmo circular, propio de la vivencia de tiempo del hombre hispanoamericano auténtico” (el cándido Volkening podría suscribir la ocurrencia). El hombre americano vive del “ritmo telúrico” enfrentándose su alma, por esencia, a “las posibilidades de un alma occidental”, agrega Frankl. Su obra histórica, enfatiza este mediocre discípulo de Vasconcelos o Natalicio González (autor de *Proceso y formación de la cultura paraguaya*), es la confirmación de la “determinación esencial [de

¹⁹ Las conferencias de Victor Frankl fueron publicadas en Revista de las Indias, Bogotá, julio-septiembre de 1949, págs. 161-226.



Número 1 de la revista Bolívar publicada por el Ministerio de Educación Nacional, en julio de 1951, aparece después de ser suspendida la Revista de las Indias.

Hispanoamérica] por la eternidad telúrica” que justamente nos emparenta, por afinidad, con Goethe.

Goethe, como hijo del barroco español, e Hispanoamérica, como vigilante heredera de ese mismo legado espiritual, se corresponden así necesariamente. Con soberana elegancia lo expresa el filósofo austriaco: “Y Goethe, el último hombre clásico del Occidente, nutrido de las savias de la misma cultura que envió también a Hispanoamérica sus ideas-fuerzas, o sea del Barroco, puede ser el gran orientador de Hispanoamérica en su afán de realizar su propia misión cultural”²⁰. ¡El telurismo esencial o el barroquismo sustancial son, pues, esas ideas-fuerzas sustantivas que, por su esencia inamovibles, son el mejor regalo de la naturaleza americana y del destino espiritual histórico de nuestro continente que consagra su más grande admiración a Goethe! Nada más evidente.

²⁰ *Ibid.*, pág. 209.

De su tercera conferencia, “El *Fausto* de Goethe y el *Martín Fierro* de Hernández. Dos mitos continentales”, apenas es de llamar la atención sólo sobre la fuente principal de la interpretación de Frankl sobre el *Fausto* —vale decir, *Literaturgeschichte der deutschen Staemme und Landschaften* (1929) de Joseph Nadler—, pues su concepción del *Martín Fierro* es miserable. Hoy está claro que la teoría de la “concepción genealógica” de Nadler constituye una regresión hacia lo telúrico, hacia la sangre y el terruño (Blut und Boden) para explicar la tradición literaria alemana. Es decir, pertenece Nadler, como lo sostiene el germanista Peter Uwe Hohendahl, “a la prehistoria inmediata del fascismo alemán”²¹, no siendo ajena de ninguna manera esa interpretación a las afinidades ideológicas del protector político de Frankl en esos momentos, el recordadísimo Laureano Gómez.

Más que un ejercicio de “estéril beatería goetheana” (Ortega), el Goethe suarista, místico, jesuita, calderoniano, telúrico de Victor Frankl es, de esta manera, una excelente contribución al clima ideológico de un país que acuñaba la expresión “la Violencia” en ese año para definir su sucesiva peculiaridad política.

²¹ En *Bürgertum im 19. Jahrhundert. Deutschland im europäischen Vergleich*, editado por Jürgen Kocka, Munich, D. T. V., 1988, pág. 222.